

MARCO FABIO QUINTILIANO, *Institución oratoria*, trad. Ignacio Rodríguez y Pedro Sandier, pról. Roberto Heredia Correa, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1999 (Cien del mundo), 630 págs.

Este volumen contiene índice (pp. 7-11), prólogo (pp. 13-24) y traducción de los doce libros de oratoria del insigne maestro Quintiliano (pp. 35-630).

El prólogo comienza con una breve noticia de su vida y obra y de las circunstancias que motivaron la *Institución oratoria* (pp. 13-17). Del talante de ésta, nos dice Heredia Correa:

es el tratado más completo de toda la técnica educativa que nos ha legado el mundo clásico, basado en fuentes tanto griegas como latinas, nutrido de textos de ambas lenguas, y apoyado firmemente en la amplia experiencia docente, social y cultural del autor. El cálido entusiasmo del maestro, enamorado de su disciplina, y su afectuosa comprensión de los jóvenes vence la pesadumbre y aridez de la materia con su abundancia de ejemplos, anécdotas y recuerdos personales. Su fina intuición, su profunda inteligencia y su vasta cultura, acendradas en el contacto diario de sus discípulos, lo capacitan para tratar, junto con toda la materia de la retórica, una variada gama de problemas referentes a la instrucción y la educación. De esta suerte la *Institución oratoria* constituye "el único tratado sistemático con base psicopedagógica de la paideia antigua" (p. 17).

A continuación se señalan "Algunos rasgos vivos de su doctrina" (pp. 17-23). La obra se divide básicamente en tres partes: 1) libros primero y segundo, la educación del niño hasta su ingreso en la escuela del rétor; 2) libros del tercero al undécimo, la materia correspondiente a un tratado de retórica: invención, disposición, elocución, memoria y acción, y 3) libro duodécimo, traza la figura del orador formado.

Ignoro cuál haya sido la razón de la casa editorial para omitir la sinopsis de contenido que, como me consta, Heredia Correa había añadido en su prólogo, señalando al paso no pocos juicios de valor; aunque la traducción cuenta con los sumarios de cada libro, no hubiera sido ociosa esa visión de conjunto que a su vez sirviera como guía de lectura de la vasta obra de Quintiliano. Ojalá el texto omitido encuentre alguna forma de publicación.

En este tratado, según Heredia, destaca la concepción ampliamente humanística, como teoría y práctica de la formación del ser humano en su calidad de individuo y ciudadano, de modo que la formación del orador no se reduce a la mera adquisición de las técnicas del discurso, sino que implica la virtud. Esta formación, desde la más tierna infancia, dura toda la vida.

En cuanto a la doctrina propiamente retórica, Quintiliano ha sabido poner prudencia y buen juicio; como ejemplo, se destaca el hecho de que las palabras se subordinan al pensamiento. La naturalidad, sencillez y oportunidad son puestas como cualidades supremas del orador, cuya virtud se muestra excelente si consigue que la técnica pase inadvertida. No falta, por cierto, la emotividad y la confesión de los afectos personales en la obra de Quintiliano, como cuando confía la pérdida de sus seres queridos a su amigo Víctor Marcelo.

De importancia capital son los juicios y opiniones que le merecen a Quintiliano los autores griegos y latinos de quienes escribe; todos ellos constituyen “un currículum que abarca el conjunto de los estudios liberales” tanto en griego como en latín. Estos estudios “forman esa apertura de espíritu, esa simpática comprensión del individuo y la sociedad, ese conocimiento del corazón humano y ese amor a la belleza que levantan al hombre por sobre sus instintos y fundan su dignidad” (p. 21).

El último libro forma lo que para Quintiliano sería el perfil del orador perfecto.

Se ocupó sobre todo de la oratoria judicial, puesto que en el régimen imperial, por su naturaleza misma, poco lugar había para la oratoria política. Con todo, frente a una oratoria que corría el riesgo de parecer presuntuosa, ignorante y afeminada, Quintiliano pretendió una oratoria grave, viril y noble. Además, siempre supo adornar su magisterio y pensamiento con las virtudes de la prudencia y de la mode-

ración. No sin razón Quintiliano puede ser tenido como el educador del Occidente.

En el último apartado del prólogo, “Sobre la presente edición”, se afirma que la traducción que aquí se reproduce data de 1799, y que no es completa, sino expurgada; a pesar de lo cual es bienvenida, porque la obra de Quintiliano hace ya mucho tiempo que no se consigue entre nosotros, y con dificultad en las bibliotecas.

Sirvan esta nueva edición de la *Institución oratoria* y estas breves líneas como exhortación a los latinistas mexicanos, para que emprendan una traducción adecuada para los lectores del siglo que se avecina.

José MOLINA

